

***¿Qué ha pasado?***  
**León Trotsky**  
**13 de agosto de 1917**

(Versión al castellano desde “Que s’est-il passé?”, en *L’année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 47-54. Publicado en *Proletarii*, nº 1, 13 de agosto de 1917)

Nadie puede explicar de forma satisfactoria por qué debe haber una conferencia en Moscú. Más aún: todos aquellos que deben participar en ella declaran (sinceramente o no) que ignoran el objetivo de su invitación a Moscú. Y casi todos manifiestan desconfianza y menosprecio hablando de la conferencia. Pero a pesar de todo van. ¿Por qué?

Si dejamos a un lado al proletariado, que ocupa una posición específica, los participantes en la conferencia de Moscú pueden dividirse en tres grupos: los representantes de las clases capitalistas, las organizaciones pequeñoburguesas y el gobierno.

Las clases poseedoras encuentran su representación más acabada en el partido constitucional-demócrata, los cadetes. Tras ellos están los grandes latifundistas, las organizaciones del capital comercial e industrial, las camarillas financieras, las universidades. Cada uno de esos grupos tiene sus propios intereses y sus propias perspectivas políticas. Pero el peligro común que amenaza a todos ellos viene de las masas trabajadoras, campesinos y soldados, y ese peligro arrastra a todas las clases capitalistas a formar una sola y vasta unión contrarrevolucionaria. Sin abandonar sus intrigas monárquicas y sus conspiraciones, los círculos de la corte, de la burocracia y del estado mayor general, consideran, sin embargo, que es absolutamente necesario en estos momentos apoyar a los cadetes. Y los liberales burgueses, al mismo tiempo que miran con sospecha de reojo hacia la camarilla monárquica, le conceden un gran valor a su apoyo contra la revolución. En este sentido, el partido cadete deviene una especie de representante general de todas las variedades de intereses de la gran y pequeña propiedad. Todas las exigencias de las clases poseedoras, todas las exacciones de los explotadores, se fusionan hoy en día en el cinismo capitalista y la insolencia imperialista de Miliukov. Su política es la siguiente: permanecer al acecho de todos los pasos en falso del régimen revolucionario, de todos sus errores y de todos sus fracasos, aprovechándose por el momento de la “colaboración” de los mencheviques y de los socialrevolucionarios, comprometerles gracias a esta colaboración y esperar su hora. Y, tras Miliukov, está el zarista Gurko que espera *su hora*.

La pseudodemocracia de los socialrevolucionarios y mencheviques se apoya en las masas campesinas, la pequeña burguesía urbana y los obreros más atrasados. Al respecto, hay que señalar que, cuanto más se avanza, más claro queda que la fuerza de la asociación reside en los socialrevolucionarios y que los mencheviques son la quinta rueda de la carroza. Bajo la dirección de esos dos partidos, los sóviets de obreros y soldados, que se han visto llevados a una altura extraordinaria por las convulsiones catastróficas de las masas, pierden rápidamente su importancia y caen en el olvido. ¿Por qué? Marx señaló que cuando la historia administra un severo golpe en la cara de los filisteos, éstos no buscan jamás la causa de su fracaso en su propia incapacidad sino que descubren, invariablemente, la malicia o intriga de algún otro. Por ello Tsereteli se

apresura a ver en el “complot” de los días 16-18 de julio la “paja” que explica el lamentable fracaso de toda su política. Cuando los Lieber, Gotz y Voitinsky S.R. y mencheviques salvaron el orden ante la “anarquía” (orden que, dicho sea de paso, no estaba amenazado), esos señores creyeron firmemente que, como los gansos que salvaron el Capitolio, merecían una recompensa. Y cuando se apercibieron que el menosprecio de la burguesía hacia ellos aumentaba en proporción a su celo conciliador hacia el proletariado, quedaron estupefactos. Tsereteli, ese mismo Tsereteli que sabía hacer malabarismos tan bien con los trillados lugares comunes, vio como lo liquidaban como a un revolucionario demasiado engorroso. Fue límpido: el regimiento de ametralladoras<sup>1</sup> había “arruinado” la revolución (al rechazar obedecer, salvo bajo determinadas condiciones, a Kerensky, que les ordenaba marchar al frente, y al participar en los acontecimientos de los días 16-17 de julio).

Y si Tsereteli, con su partido, se ve en las filas de la contrarrevolución, de Polovtsev y los cadetes militares, para ayudar a desarmar a los trabajadores en beneficio de la contrarrevolución, no es por culpa de él y de su juego político, sino por culpa del regimiento de ametralladoras corrompido por los bolcheviques. ¡Tal es la filosofía de la historia que profesan los banqueros políticos de los filisteos!

En realidad las jornadas del 16, 17 y 18 de julio han marcado un giro en el curso de la revolución demostrando la completa incapacidad de los partidos dirigentes de la democracia pequeñoburguesa para tomar en sus manos el poder. Tras el lamentable hundimiento del gobierno de coalición quedó claro que no hay otra solución más que la toma del poder por los sóviets. Pero los mencheviques y los S.R. dudaron. Se dijeron a sí mismos que tomar el poder significaría romper con los banqueros o diplomáticos, política ésta peligrosa. Y cuando, a pesar del sombrío presagio de los días 16-18 de julio, los líderes del sóviet continuaron corriendo tras los Efimov, las clases poseedoras no pudieron entender que los politicastros del sóviet estaban a su servicio, igual que un pequeño tendero está al servicio de un banquero, es decir quitándose el sombrero. Y esto es lo que envalentonó a la contrarrevolución.

Toda la historia anterior de la revolución reside en lo que se llama el “doble poder”. Esta expresión, que proviene de los liberales, es, a decir verdad, muy superficial. No se ha agotado el problema después de decir que junto al gobierno estaba el sóviet, que llevaba a cabo un considerable número de funciones gubernamentales; pues los Dan y los Tsereteli hicieron todo lo posible por su parte para suprimir, “sin dolor”, esta división del poder volviendo a ponerlo enteramente en manos del gobierno. La verdad es que tras el sóviet y tras el gobierno había dos sistemas diferentes que descansaban sobre intereses de clases diferentes.

Tras el sóviet estaban las organizaciones de trabajadores que suplantaban, en cada fábrica, a la autocracia de los capitalistas y establecían en la industria un régimen republicano incompatible con la anarquía capitalista y exigían un irrevocable control del estado sobre la producción. Para defender sus derechos de propiedad, los capitalistas buscaron ayuda por arriba, cerca del gobierno, lo empujaron con una energía creciente a la conclusión de que él no poseía aparato independiente, es decir instrumentos de represión contra las masas trabajadoras. De ahí las lamentaciones sobre el “doble poder”.

Tras el sóviet estaba la organización electoral del ejército y toda la administración de la democracia de los soldados. El Gobierno Provisional, que se alineaba con Lloyd George, Ribot y Wilson, reconocía las antiguas obligaciones del

---

<sup>1</sup> El primer regimiento de ametralladoras, más activo que el segundo, apoyó la revolución desde el principio y se había instalado en Vyborg, barrio obrero de Petrogrado. Estuvo a la cabeza de las manifestaciones de julio. EM.

zarismo y practicaba los antiguos métodos de la diplomacia secreta, no podía dejar de chocar con la hostilidad activa del nuevo régimen en el ejército. La oposición llegada desde arriba había perdido casi todo su efecto en el momento en el que afectaba al sóviet. De ahí las quejas sobre el “doble poder”, sobre todo por parte del estado mayor general.

Por fin, el sóviet campesino también estaba sometido a una presión creciente por la base, a pesar del oportunismo lamentable y el basto chovinismo de sus líderes, en él la confiscación de la tierra cogía un impulso mucho más amenazador cuanto más fuertemente se oponía el gobierno a ella. Se puede ver hasta qué punto este último ejercía el papel de representante del gran capital en el hecho que la última ordenanza policiaca de Tsereteli no difería en nada de las ordenanzas del príncipe Lvov. Y, en todas las provincias en las que los sóviets y comités de campesinos intentaban instaurar un nuevo régimen agrario, entraban en agudo conflicto con la autoridad “revolucionaria” del Gobierno Provisional que se transformaba cada vez más en perro guardián de la propiedad privada.

La prosecución de la revolución hacía necesario el paso de todo el poder a manos del sóviet y su utilización en beneficio de los trabajadores contra los propietarios. Y la profundización de la lucha contra las clases capitalistas exige la atribución del papel dirigente, en las masas trabajadoras, a su fracción más resuelta, es decir al proletariado industrial. Para introducir el control sobre la producción y la distribución, el proletariado podía recurrir a precedentes muy importantes en Europa occidental, especialmente el pretendido “socialismo de guerra” en Alemania. Pero, como en Rusia ese trabajo de organización no podía cumplirse más que sobre la base de una revolución agraria y bajo la dirección de un poder realmente revolucionario, el control sobre la producción y la organización progresiva de ese poder revolucionario tomarían ferozmente una dirección hostil a los intereses capitalistas. En el momento en que las clases poseedoras se esforzaban en establecer una república capitalista “fuerte” a través del Gobierno Provisional, el paso de todo el poder a los sóviets, aunque no siendo completamente sinónimo de “socialismo”, en cualquier caso habría roto la oposición de la burguesía y, en relación con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica que hubiesen marchado en el sentido de los intereses de las masas trabajadoras. Rechazando las cadenas del poder capitalista, la revolución habría devenido *permanente*, es decir continua; no habría utilizado su poder para perpetuar la ley de la explotación capitalista, sino que, por el contrario, lo habría usado para destruirla. Sus últimas realizaciones en ese dominio habrían estado sujetas a los éxitos de la revolución proletaria en Europa. Por otra parte, la revolución en Rusia podría darle a la revolución en Europa occidental un impulso mucho más grande en la medida en que pusiese más resolución y coraje en abatir la oposición de su propia burguesía. Tal era, sigue siendo, la *sola y única perspectiva real* para la prosecución de la revolución.

Pero para los ideólogos filisteos esta perspectiva era “utópica”. ¿Qué querían ellos? Jamás han sido capaces de decirlo ellos mismos. Tsereteli ha hablado abundantemente de “democracia revolucionaria”, sin entender qué significa realmente. Los socialrevolucionarios no son los únicos en haber adquirido el hábito de navegar entre las olas de la fraseología democrática; los mencheviques también han abandonado sus criterios de clase desde que revelaron demasiado claramente el carácter pequeñoburgués de su política. La regla de la “democracia revolucionaria” lo explica y justifica todo. Y cuando las centurias negras<sup>2</sup> meten sus sucias manos en los bolsillos de

---

<sup>2</sup> Bandas semilegales que saqueaban el país desde la revolución de 1905, apoyando la represión oficial con el terrorismo. Sobre todo organizaban pogromos y tenían en su haber casi 50.000 víctimas judías.

los bolcheviques lo hacen en nombre de una autoridad que no es otra más que la de la “democracia revolucionaria”. Pero no nos anticipemos.

La democracia S.R. y menchevique ha decapitado de hecho la revolución al representar, como lo ha hecho, el poder de la burguesía, o más bien la neutralización del poder por la coalición. Por otra parte, defendiendo los sóviets como su órgano, la democracia pequeñoburguesa ha impedido de hecho al gobierno crear cualquier aparato administrativo en las provincias. El gobierno no solamente era incapaz de obrar bien sino, también, de hacerlo mal. Los sóviets, desbordantes de planes ambiciosos, no podían realizar ninguno. La república capitalista, implantada por arriba, y la democracia obrera, formada por abajo, se paralizaban mutuamente. En todas partes donde chocaban surgían innumerables querellas. El ministro y los comisarios suprimían el órgano de autogobierno revolucionario, los comandantes arremetían contra los comités de soldados, los sóviets iban y venían entre las masas y el gobierno. Las crisis se sucedían, los ministros llegaban y partían. Cuanto más inoperantes e incoherentes devenían las medidas de autoridad represiva, más aumentaba el descontento de las masas. Vista desde arriba, toda la vida debía presentar un aspecto de torrente espumoso de “anarquía”.

Es evidente que el tímido dualismo de la “democracia” pequeñoburguesa portaba en sí mismo su quiebra. Y cuanto más se profundizaban los problemas de la revolución, más dolorosamente evidente devenía aquella quiebra. El estado entero marchaba con los pies por arriba, o más aún: sobre dos o tres cabezas. Un gesto desconsiderado por parte de Miliukov, Kerensky o Tsereteli, amenazaba con echar abajo todo el edificio. Y día a día la alternativa parecía más ineluctable: o el sóviet asume el poder o el gobierno capitalista barrerá al sóviet. Era suficiente con un choque externo para destruir el equilibrio de la organización toda entera. Ese golpe externo, descargado sobre un sistema ya condenado desde su interior, tomó la forma de los acontecimientos de los días 16-18 de julio. El “idilio” pequeñoburgués, construido sobre la unión “amistosa” de dos sistemas que se excluyen mutuamente, recibió el golpe de gracia. Y Tsereteli pudo consignar en sus memorias que su plan para la salvación de Rusia había sido saboteado por el regimiento de ametralladoras.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)